

El arte de vivir

*Reflexiones para vivir
y no solo sobrevivir*

EDUARDO GONZÁLEZ, SDB



One Liguori Drive ▼ Liguori, MO 63057-9999

Imprimi Potest
Harry Grile, CSsR
Provincial de la Provincia de Denver
Los Redentoristas

Publicado por Libros Liguori
Liguori, MO 63057-9999

Para hacer pedidos, llame al 800-325-9521
www.librosliguori.org
© 2012 Libros Liguori

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o almacenada en algún sistema o transmitida por cualquier medio sin el permiso previo por escrito de Libros Liguori.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data
González, Eduardo, SDB.

El arte de vivir / Eduardo González. — 1. ed. en los Estados Unidos de América.
p. cm.

p ISBN 978-0-7648-2235-3

e ISBN 978-0-7648-6794-1

1. Christian life—Catholic authors. 2. Hispanic Americans—Religious life. I. Title.

BX2350.3.G65 2012

248.4'82—dc23

2012030282

Las citas bíblicas son de *La Biblia Latinoamericana*:
edición pastoral (Madrid: San Pablo, 2005). Usada con permiso.

Diseño de portada: Wendy Barnes

Libros Liguori es una organización sin fines de lucro, es un apostolado de los Redentoristas.
Para más información, visite Redemptorists.com

Impreso en los Estados Unidos de América

Primera edición en los Estados Unidos de América

Índice

Llena tu corazón de cosas buenas	7
El amor no se fija solo en las apariencias	9
Enseñanzas de los discapacitados	13
El amor es una decisión, no un sentimiento	17
Díselo hoy	22
No tengas miedo de decir "Te amo"	28
El amor madura con el compromiso	33
Amar a alguien significa dejarlo ser él mismo	37
Muchas cosas, solo con el tiempo	42
El amor es ir más allá de lo ordinario	47
Vivir no es sobrevivir	52
La tolerancia	56
Mis decisiones y sus consecuencias	61
La fe le da sentido a nuestra vida	66
El juego de la vida	72
Las tres reglas de la vida	78
Amar a tiempo	83
Problemas de comunicación	87
El amor de una madre	93

Llena tu corazón de cosas buenas

Al inicio de la Creación, Dios nos entregó el regalo de la mente y del corazón como vasos preciosos. Y, “desde el inicio, así fue...” Con el paso del tiempo, esos hermosos recipientes llamados “inteligencia” y “corazón” los podemos ir llenando de flores frescas o, por el contrario, de basura, suciedad y residuos recogidos del medio ambiente.

Efectivamente, lo que determina nuestro Cielo o nuestro Infierno es aquella información a la que damos cabida en ese hermoso regalo que son la inteligencia y el corazón.

Lo que conscientemente queramos recibir o lo que nos traguemos sin filtrar, es lo que va a hacer de nuestra vida un Cielo o un Infierno. Entonces, creo que sí es muy importante determinar que lo que va a orientar mi vida diaria es el tipo información que estoy recibiendo. Puede ser que la comadre venga y me dé un *reporte* de mi esposo. Si yo estoy acostumbrado/a a recibir información sin filtrar, ese recipiente cristalino del cerebro se va a llenar de suciedad, dando con esto pie a tantas cosas que han dañado tanto nuestra alma, nuestra

paz interna y nuestra relación con los demás. Esos son los prejuicios. No sé cuántos de nosotros, sin darnos cuenta, hemos aprendido a emitir juicios baratos sin explorar fuentes, dando por hecho los reportes de terceros o de cuartos, etiquetando a los demás con base en la opinión del vecino.

Los grandes científicos, antes de poder determinar si una medicina es buena, tienen que someter sus investigaciones a estrictos controles para estar ciertos de que, en verdad, el producto de su investigación, objetivamente, va a producir algún beneficio. De lo contrario, el medicamento no sale al mercado y no es aprobado por el gobierno.

Intentemos lograr eso mismo: aceptar la información con los mismos criterios o no dar ningún juicio hacia afuera si no nos consta que objetivamente mi juicio está respaldado por una investigación seria. De lo contrario, mejor elijo la otra opción, la mejor, que es la opción del silencio sabio. Fíjense cómo las cosas pueden irse deformando tanto, que podemos catalogar en nuestra cabeza y en nuestro corazón, de una manera equivocada, a quienes están a nuestro alrededor, sin darnos cuenta, dañando a otras personas, a nuestra relación con ellas y finalmente, a nosotros mismos.

No sé cuántas veces tú y yo nos hemos aventurado a hacer juicios tan baratos. No sé cuántas veces tú y yo hemos reemplazado la honestidad, la objetividad, la seriedad por nuestra imaginación y, en dado caso, cuando la realidad que presenciábamos no coincidía con lo que nuestros prejuicios nos dictaban, nosotros “arreglábamos” la información para que pareciera un poco más atractiva, sin poner la mínima atención a la fama de mi vecino con tal de organizar un argumento, una historieta. ¡Cuánto dañamos a otras personas. Cuántas parejas, cuántas familias se han roto por esta inmadurez y falta de criterio!

El amor no se fija solo en las apariencias

Existe una sabiduría cotidiana, una sabiduría tan ordinaria que yo la llamaría la “sabiduría de banqueta”. Pues, hay realidades que nos hacen sabios a través de lo desagradable. A veces, la sabiduría tiene su propio ropaje, un ropaje sucio, un ropaje rasposo. Por eso, esa “sabiduría de la banqueta” me daña, me “mueve el tapete”, me sacude mis estructuras de pensamiento, me arranca cosas que para mí eran tan seguras y, en algún momento, hasta pareciera que me baja la guardia.

Hay algo que pasó hace un tiempo. Esta es una anécdota que voy a compartir con ustedes, la cual me hace pensar en una sabiduría que descontrola, pero que también educa. A ver qué les parece. La anécdota se la escuché a un señor.

Éramos la única familia con un niño en el restaurante. Yo senté a Daniel en una silla para niños y me di cuenta de que todos estaban tranquilos, comiendo y charlando. De repente, Daniel, mi hijo, pegó un grito con ansia y dijo: “Hola, amigo”, mientras golpeaba la mesa con sus gorditas manos. Sus ojos estaban muy abiertos por la admi-

ración y su boca mostraba la falta de dientes. Con mucho regocijo se reía y se retorció. Yo miré alrededor y vi la razón de su regocijo.

Era un hombre andrajoso con un abrigo al hombro. El abrigo estaba sucio, grasoso y roto. Sus pantalones eran anchos y traían el cierre abierto hasta la mitad. Sus dedos se asomaban a través de lo que fueron alguna vez unos zapatos. Su camisa estaba sucia y su cabeza no había sido tocada por un peine por largo tiempo. Sus patillas eran cortas y muy escasas. Y su nariz tenía tantas venitas que parecía un mapa.

Estábamos muy lejos de él para saber si olía, pero seguro, seguro que olía mal. Sus manos comenzaron a menearse para saludar.

“¡Hola, bebito! ¿Cómo estás muchachón?”- le dijo el hombre a Daniel. Mi esposa y yo nos miramos. “¿Qué hacemos?”. Daniel continuó riéndose y contestó: “¡Hola, hola, amigo!

Todos en el restaurante nos miraron y luego miraron al pordiosero. El viejo sucio estaba incomodando a nuestro hermoso hijo. Nos trajeron nuestra comida y el hombre comenzó a hablarle a nuestro hijo como a un bebé. Nadie creía que era simpático lo que él estaba haciendo. Obviamente él estaba borracho. Mi esposa y yo estábamos avergonzados. Comimos en silencio, menos Daniel, que estaba súper inquieto y seguía mostrándole todo su repertorio, mientras que el pordiosero le contestaba con sus niñadas.

Finalmente terminamos de comer y nos dirigimos hasta la puerta. Mi esposa fue a pagar la cuenta y me dijo que nos encontraríamos en el estacionamiento. El viejo se encontraba muy cerca de la puerta.

“Dios mío, ayúdame a salir de aquí antes de que este loco le hable a Daniel”, dije orando, mientras caminaba cerca del hombre.

Le di un poco la espalda, tratando de salir sin respirar ni un poquito del aire que él pudiera estar respirando.

Mientras yo hacía esto, Daniel se volvió rápidamente en dirección hacia donde estaba el viejo y puso sus brazos en posición de “cárgame”. Antes de que yo se lo impidiera, Daniel se abalanzó desde mis brazos hacia los del hombre. Y, rápidamente, el muy oloroso viejo y el joven niño consumaron su relación cariñosa.

Daniel, en un acto de total confianza, amor y sumisión, recargó su cabeza sobre el hombro del pordiosero. El hombre cerró sus ojos y pude ver lágrimas corriendo por sus mejillas. Sus viejas y maltratadas manos llenas de cicatrices, dolor y duro trabajo, muy suavemente acariciaban la espalda de Daniel. Nunca había visto dos seres que se expresaran un cariño tan profundo en tan poco tiempo.

Yo me detuve, atento al viejo. No puedo negar que estaba aterrado. El viejo hombre se meció con Daniel en sus brazos por un momento, luego abrió sus ojos y me miró directamente a los míos.

Me dijo en voz fuerte y segura: “Usted cuide a este niño”. De buena manera le contesté: “Así lo haré” con un inmenso nudo en mi garganta.

Él separó a Daniel de su pecho lentamente, como si tuviera un dolor. Recibí a mi niño y el viejo hombre me dijo: “Dios le bendiga, señor, usted me ha dado un hermoso regalo”.

No pude decir más que un entrecortado “gracias”. Con Daniel en mis brazos caminé rápidamente hacia el carro. Mi esposa se preguntaba por qué estaba llorando y sosteniendo a Daniel con tanta fuerza y porque yo estaba diciendo: “Dios mío, Dios mío, perdóname”.

Yo acababa de presenciar el amor de Cristo a través de la inocencia de un pequeño niño que no vio pecado, que no hizo ningún juicio. Mi niño vio un alma, nosotros, sus padres, veíamos un montón de ropa sucia.

Me di cuenta de que había sido un cristiano ciego cargando a

un niño que no lo era. Yo sentí que Dios me decía: “¿estás dispuesto a compartir a tu hijo por un momento?”; siendo que Él había compartido al suyo, a su Hijo y por toda la eternidad. El viejo andrajoso me recordó de modo inconsciente aquello de que: quien no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él (Mc 10:15)

Un niño es capaz de ver un alma, es capaz de ver un corazón. Un adulto, quizá, es menos sabio y un poco más “enterado”. Con todo aquello de lo que nos hemos “enterado”, hemos aprendido a catalogar, a mirar con prejuicios, a ver “moros con tranchete” por todos lados.

Por ello, lo que para Daniel fue un alma, un corazón, un puñado de ternura, para el “enterado”, para el “papi” era un viejo sucio y borracho que apestaba.

Yo no sé por cuánto tiempo nos vamos a decidir a seguir viviendo así. Yo no sé si a lo mejor el día de hoy decidimos que podemos volvernos sabios, que también hay sabiduría por las calles y por las avenidas, que también se vale la “sabiduría de banqueta”, aunque usted no lo crea. Hacer de la vida eso, un arte, hacer de usted y de mí unos artistas.

Y entonces esto se convertirá en lo que ha sido desde el principio:
el arte de vivir.